

Attica Locke

TEXAS BLUES

Traducido del inglés por Ana Herrera Ferrer

Título original: *Bluebird, Bluebird*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Attica Locke
© de la traducción: Ana Herrera Ferrer, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-908-1

Depósito legal: M. 23.542-2017

Printed in Spain

*A los Hathorne, Jackson, Johnson, Jones, Locke, Mark,
McClendon, McGowan, Perry, Sweats, Williams,
hombres y mujeres que dijeron «no».*

I told him: «No, Mr. Moore».
Lightnin' Hopkins, *Tom Moore Blues*

Condado de Shelby

Texas, 2016

Geneva Sweet pasó el cable alargador naranja por encima de Mayva Greenwood, «amada esposa y madre, descanse en paz con el Padre Celestial». El sol de última hora de la mañana picoteaba entre los árboles, moteando la manta de agujas de pino y los pies de Geneva con una constelación de lucecitas, y mientras tanto ella pasaba el cable entre la hermana de Mayva y su marido, Leland, «padre y hermano en Cristo». Le dio un buen tirón al cable y fue subiendo la pequeña colina, con cuidado de no pisar las propias tumbas, sino las gastadas hendiduras entre las lápidas, que dejaban unos huecos situados en ángulos azarosos y extraños, como los dientes de un pobre.

Iba cargada con una bolsa de papel del supermercado Brookshire Brothers de Timpson y una radio pequeña, por cuyos altavoces sonaba un disco de Muddy Waters, uno de los favoritos de Joe, que silbaba: «Have you ever been walking, walking down that ol' lonesome road». Cuando llegó al lugar de descanso eterno de Joe Sweet, apodado Petey Pie, «marido y padre y, perdónale, Señor, un diablo con la guitarra», puso la radio con mucho cuidado encima del pulido bloque de granito y escondió el cable eléctrico detrás de la lápida. La que estaba al lado era idéntica en forma y tamaño. Pertenecía a otro Joe Sweet cuarenta años más joven, pero igual de muerto. Geneva abrió la bolsa que llevaba y sacó

una bandeja de cartón cubierta de papel de aluminio, ofrenda para su único hijo. Dos empanadillas fritas, medias lunas perfectas de masa casera, rellenas de azúcar moreno y fruta y bautizadas con grasa: la especialidad de Geneva, las favoritas de Lil' Joe. Notaba todavía su calor a través del fondo de la bandeja, y su perfume mantecoso suavizaba el punzante aroma a pino que flotaba en el aire. Puso la bandeja en equilibrio encima de la lápida y luego se agachó a quitar unas cuantas agujas caídas en las tumbas, agarrada todo el tiempo con una mano a la losa de granito, teniendo siempre en mente sus rodillas artríticas. Abajo, un camión de dieciocho ruedas pasaba por la carretera 59, lanzando una ráfaga de humo caliente y gaseoso entre los árboles. Hacía calor para ser uno de octubre, pero ahora siempre era así. Casi veintiséis grados, había oído, y ella pensando que ya era hora de sacar los adornos de Navidad de la caravana que tenía detrás de casa. «Dicen que es el cambio climático. Si sigue así, y si vivo lo suficiente, veré el infierno en la tierra, supongo». Se lo contó todo a los dos hombres de su vida. Les habló de la nueva tienda de tejidos en Timpson. De que Faith le estaba dando la lata para que le comprara un coche. Del tono tan feo de amarillo con el que Wally había pintado la cervecería. «Parece que alguien ha toseado y ha expulsado una enorme mucosidad, y la ha lanzado contra las paredes».

No les mencionó los muertos, sin embargo, ni el hervidero de problemas que era el pueblo.

Los dejó en su pequeño remanso de paz.

Se besó las yemas de los dedos y tocó la primera lápida, luego la segunda. El contacto se prolongó un poco más en la tumba de su hijo, y dejó escapar un suspiro cansado. Parecía que la muerte se proponía perseguirla durante toda la vida. Era como una sombra taimada a su espalda, tan obcecada como un perro de caza, e igual de fiel.

Oyó el crujido de las agujas de pino detrás de ella, un roce entre las hojas traídas por el viento desde los álamos de Virginia cercanos, y al volverse vio a Mitty, el encargado no oficial del cementerio de la gente de color.

—La gente les pone pilas a esos aparatos —dijo, señalando la pequeña radio, al tiempo que enderezaba el cuerpo y se apoyaba en una lápida de cemento dedicada a Beth Anne Solomon, «hija y hermana, desaparecida demasiado pronto».

—Envíame la factura del propano cuando te llegue —respondió Geneva.

Mitty era más viejo que Geneva, quizá tuviera ya ochenta años. Era un hombre menudo, con la piel muy oscura, las piernas delgadas como palillos y el pelo canoso como la tiza. Pasaba las tardes en el pequeño cobertizo que había en el terreno, ahuyentando a los perros callejeros y los bichos. Cinco días a la semana estaba allí con una revista de carreras de caballos y un puro, supervisando la reunión entre las almas y observando su futuro hogar. Toleraba la forma especial que tenía Geneva de rendir culto a los muertos: los edredones en invierno, las luces de Navidad, las empanadillas y el zumbido constante de los *blues*. Miró los dulces y levantó con un dedo el papel de aluminio para verlos mejor.

—Están muy ricas —dijo Geneva—, pero no son para ti.

Bajar la colina era siempre más dificultoso para sus rodillas que subir, y aquel día no fue distinto. Hizo una mueca al empezar a dirigirse hacia el coche y se quitó la chaqueta de punto de su marido, una de las últimas que quedaban todavía en buen estado y se podían llevar a diario. Su Grand Am del 98 estaba aparcado en un terreno llano, con matojos de hierba y tierra roja, contiguo a la carretera de cuatro carriles. Ni siquiera había sacado todavía las llaves del monede-

ro cuando vio que Mitty se comía una de las empanadillas. Geneva puso una expresión de fastidio. El hombre ni siquiera era capaz de tener la cortesía mínima de esperar hasta que se hubiese ido.

Se subió al Pontiac y poco a poco fue saliendo del aparcamiento, vigilando bien los tráileres y los coches veloces, y luego enfiló por fin la 59 y se dirigió hacia Lark, al norte. Recorrió el poco más de un kilómetro que había hasta su casa en silencio, haciendo inventario mentalmente. Le hacían falta dos latas de medio kilo de macedonia de frutas, ocho lechugas, jarabe para la máquina de refrescos, el Dr Pepper que siempre se le terminaba, y además una botella o dos de *whiskey* Ezra Brooks, que guardaba debajo de la caja registradora para sus clientes habituales. Se preguntaba si el sheriff habría llegado ya, si el desastre que había aparecido aquella mañana en su jardín seguiría allí, aquella chica tirada en el suelo, sola. Le preocupaba vagamente la influencia que todo aquello podía tener en su negocio, pero sobre todo intentaba comprender qué estaba ocurriendo en el pueblo en el que había vivido sus sesenta y nueve años.

Dos cadáveres en una semana.

¿Qué demonios estaba pasando?

Salió de la carretera y aparcó frente a Geneva Sweet's Sweets, una cafetería baja y de techo plano, pintada de rojo y blanco. El local tenía cortinas drapeadas en las ventanas y un rótulo delante con una flecha iluminada que señalaba hacia la puerta principal. Las letras en rojo y negro anunciaban: «BOCADILLO DE CERDO BARBACOA 4,99 \$ Y LAS MEJORES EMPANADILLAS DEL CONDADO DE SHELBY». Aparcó en el lugar habitual, un hueco sin pavimentar que tenía justo el tamaño del Pontiac, a un lado de la cafetería, entre la pared lateral de madera del edificio y las malas hierbas del solar con el que colindaba. Llevaba décadas usando aquella misma pla-

za de aparcamiento, desde que el local era solo el Geneva's, un cobertizo construido a mano, con un espacio interior diáfano. Los aparcamientos pavimentados junto a la estación de servicio eran para los clientes. Y para Wendy, por supuesto, la que fue socia de Geneva. Su antiguo Mercury estaba aparcado justo delante de la puerta. El coche, oxidado y con más de veinte años a sus espaldas, parecía una piñata golpeada y rota, de la que se derramaban antiguas matrículas, sartenes de hierro, dos soportes para pelucas, ropa vieja y un pequeño televisor cuya antena sobresalía por la ventanilla trasera izquierda.

La diminuta campanilla de latón de la puerta del café tintineó suavemente al entrar Geneva.

Dos de los clientes habituales levantaron la vista desde sus asientos en la barra: Huxley, un jubilado de la localidad, y Tim, un camionero de larga distancia que hacía la ruta Houston-Chicago una semana sí y otra no.

—Está aquí el sheriff —dijo Huxley cuando Geneva pasaba a su lado. Al final de la barra abrió la puerta que conducía a la “oficina principal”, el espacio que quedaba entre la cocina y sus clientes.

»Apareció una media hora después de que te fueras —dijo, y tanto Tim como él estiraron el cuello para ver cómo reaccionaba Geneva.

—Ha debido de venir todo el camino a casi ciento cincuenta por hora —dijo Tim.

Geneva seguía con los labios apretados, tragándose la píldora de su rabia.

Cogió el delantal que estaba colgado de un clavo junto a la puerta que conducía a la cocina. Era viejo, amarillo, con dos rosas desvaídas por bolsillos.

—Para lo del otro pasó aquí un día entero..., ¿no fue eso lo que me dijiste?

Tim se estaba comiendo un bocadillo de jamón, y hablaba con la boca llena. Se tragó el bocado y lo bajó con un sorbo de Coca-Cola.

—Van Horn se tomó su tiempo aquella vez.

—¿El sheriff? —dijo Wendy desde el lugar donde se encontraba, en el otro extremo de la barra. Estaba sentada frente a unos botes de conservas de cristal que contenían lo mejor de la huerta. Pimientos rojos muy gordos, tomates verdes cortados y mezclados con col y cebolla, tallos enteros de oca empapados en vinagre. Geneva levantó cada uno de los botes sujetándolo ante la luz para comprobar que estuvieran bien sellados.

—Tengo más cosas fuera —dijo Wendy, mientras Geneva sacaba un rotulador del bolsillo de su delantal y empezaba a escribir un precio en la tapa de cada bote.

—Puedes dejar las conservas de verduras y las ocras en vinagre —dijo Geneva—, pero no te voy a coger todas las demás mierdas que me quieres vender. —Hizo una seña hacia el ventanal principal y el coche de Wendy. Wendy y Geneva eran de la misma edad, pero Wendy tenía una cierta tendencia a confesar una distinta cada año, según quien la escuchara o según su humor. Era una mujer bajita, con los hombros masculinos y un aspecto afectadamente descuidado. Llevaba el pelo canoso y con brillantina, sujeto en un moño tirante. Al menos estaba tirante la última vez que se lo peinó, que podía ser de tres a siete días antes. Llevaba la parte inferior de un traje pantalón amarillo, una camiseta descolorida de los Houston Rockets y zapatos de hombre.

—Geneva, a la gente le gusta comprar esas cosas antiguas por la carretera. Así les parece que ahora viven mucho mejor. Las llaman *antigüedades*.

—Yo las llamo porquerías —dijo Geneva—. Y la respuesta es no.

Wendy echó un vistazo a la cafetería (desde Geneva hasta Tim y Huxley y los otros dos clientes que estaban sentados en uno de los reservados de vinilo) y llegó hasta la parte final del local, donde ya no se servían comidas e Isaac Snow tenía alquilados cinco metros cuadrados que albergaban un espejo y un sillón de barbero de color verde guisante. Isaac era un hombre delgado de cincuenta y tantos años, con la piel clara y pecas cobrizas. No hablaba mucho, pero por diez dólares cortaba el pelo de quien lo solicitara. Si no había nada, Geneva le dejaba barrer un poco para ganarse las tres comidas al día que le pasaba desde la cocina.

El Señor no había creado ni un alma a la que Geneva no pudiera alimentar.

Aquel local había nacido de la idea de que si la gente de color no podía entrar en ningún otro sitio en ese condado, pues bueno, al menos podían entrar allí. Comer bien, beber un poco de *whiskey* si guardabas bien el secreto; que te cortaran el pelo antes de dirigirte con la familia al norte o al trabajo que creías que todavía te esperaba cuando llegaras al otro extremo de Arkansas, porque no tenía sentido parar allí si no atravesabas toda la maldita Arkansas. Cuarenta y tantos años después de la muerte de Jim Crow, no había cambiado gran cosa: Geneva estaba tan conservada en el tiempo como los amarillentos calendarios de las paredes de la cafetería. Era una constante en la carretera, que traía y llevaba gente junto a ella, siempre.

Wendy miró las caras negras presentes en la sala, intentando imaginar algún motivo que explicase el humor sombrío, la tensión que, eso estaba claro, se palpaba allí. Detrás de ella, la máquina de discos pasó a otra de las cincuenta melodías que iba reproduciendo siempre, las veinticuatro horas, esta vez una balada de Charley Pride con algo de góspel, una quejumbrosa petición de perdón.

Durante un rato nadie dijo nada.

Luego Wendy le preguntó a Geneva:

—¿Por qué demonios estás tan enfadada esta mañana?

—El sheriff Van Horn está ahí detrás —dijo Huxley, señalando la pared trasera de la cafetería, empapelada con antiguos calendarios ondulados que anunciaban de todo, desde licor de malta o una funeraria local hasta la tentativa fallida de Jimmie Clark de presentarse a comisario del condado, que se remontaba a quince años atrás. Detrás de aquella pared trasera estaba la cocina, donde Dennis estaba preparando un guiso de rabo de buey. Geneva olía las hojas de laurel empapadas en grasa de buey y ajo, cebolla y salsa con sabor ahumado. Y más allá de la puerta mosquitera de la cocina se encontraba un amplio solar, con el suelo de tierra roja salpicada de ranúnculos y digitaria, que se extendía unos cien metros hacia las orillas de un *bayou* color óxido que era la frontera más occidental del condado de Shelby.

—Y ha traído a tres ayudantes.

—Pero ¿qué pasa?

Geneva suspiró.

—Han sacado un cadáver del *bayou* esta mañana.

Wendy parecía anonadada.

—¿Otro?

—Una blanca.

—Ay, mierda...

Huxley apartó su café, asintiendo con la cabeza.

—Ya os acordaréis de que cuando mataron a aquella chica blanca en Corrigan, cogieron a todos los hombres negros en cincuenta kilómetros a la redonda. En todas las iglesias y antros, en todos los negocios con dueños negros, buscando al asesino o a cualquiera que cuadrara con la imagen que tenían ellos en mente.

Geneva notó que algo le oprimía el pecho, notó que el miedo que había intentado sofocar iba en aumento, hasta que parecía que la iba a asfixiar desde dentro.

—Y a nadie le importó una mierda que mataran a aquel hombre negro en la carretera la semana pasada —dijo Huxley.

—Ya no se acuerdan de él —comentó Tim, dejando en su plato una servilleta manchada de grasa—. No cuando ha aparecido una chica blanca muerta.

—Ya lo veréis —dijo Huxley, mirando con gravedad a cada una de las caras negras que se reunían en la cafetería—. Alguien se la va a cargar por esto.